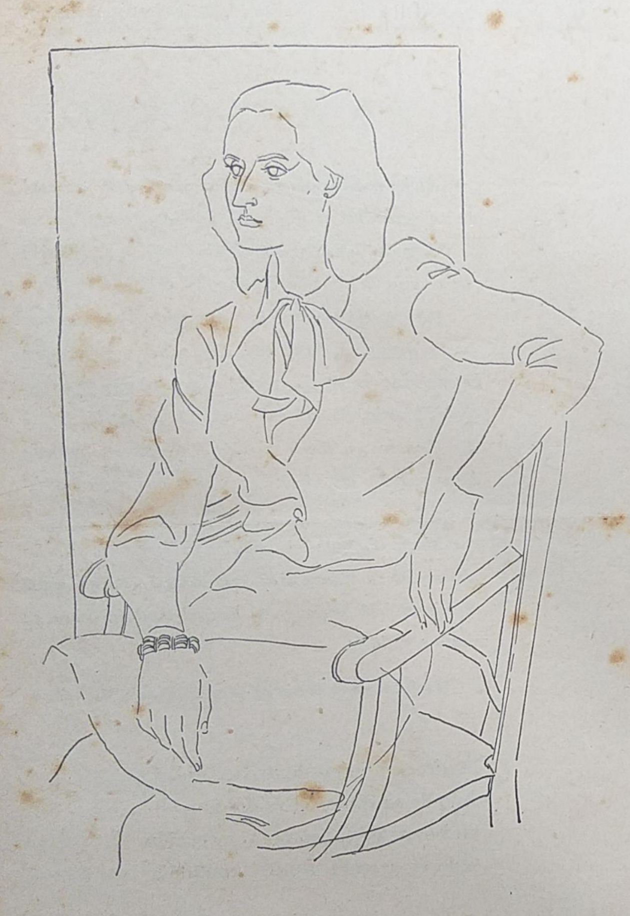
BALCON



SUMARIO

MEMENTO

Discuten los expertos sobre las causas que determinaron el resultado electoral del 24 de febrero. Mientras algunos sostienen que la victoria del general Perón obedeció primordialmente a su prédica en favor de la justicia social, otros afirman que ese resultado se obtuvo gracias a la bandera de la soberanía. A nosotros esa discusión nos parece redundante e inocua. No interesa conocer el porcentaje material de sufragios conquistado por cada uno de esos tópicos fundamentales. Lo que sí interesa destacar —y en esto no cabe objeción posible— es que el tema de la soberanía, con que se connota toda una nueva conciencia de nuestra misión histórica, dió el indispensable sentido nacional a un movimiento que hasta entonces no había logrado trascender de ciertos sectores de la colectividad.

Nos mueve a recordarlo las declaraciones recientemente formuladas por el Presidente de la República sobre el futuro próximo de nuestra política internacional. En un reportaje a la "United Press" el general Perón ha hecho revelaciones de extraordinaria trascendencia. Ha anunciado al mundo que en la próxima guerra en que se encuentren involucrados los Estados Unidos, la Argentina marchará al lado de aquel país. Ha agregado una violenta crítica a la política "aislacionista" seguida por nuestros gobiernos de 1939 a 1944. Ha manifestado, finalmente, que la polémica con Mr. Braden era una cuestión de orden personal que debe ser olvidada cuando entran en juego los altos intereses de la Nación.

Las palabras de un presidente deben siempre ser tomadas en serio. Nos choca la tesitura en que se colocan sus presuntos amigos, atribuyéndolas maliciosamente a oportunismo o espíritu de maniobra. Porque nos inclinamos a pensar que el jefe del Estado mide cuidadosamente sus expresiones, sentimos la necesidad de recordar la historia todavía fresca de su elección. Un gobernante puede cometer muchos errores administrativos y conservar incólume su solidez inicial. Pero lo que no puede hacer es contrariar la conciencia pública en sus inclinaciones más íntimas y en sus convicciones más profundas. No puede hacerlo sobre todo cuando fueron precisamente esas inclinaciones y convicciones las que quisieron ser ante todo expresadas por su intermedio. Si así ocurriera, la fuente más rica de donde mana su autoridad, ese asenso imponderable, superior a todo pronunciamiento electoral, comenzará a retirársele y cada uno de sus actos tendrá entonces la violencia, la dureza de un golpe de Estado.

No parece por cierto un "desideratum" de nuestra política exterior la prolongación indefinida del conflicto con los Estados Unidos. Cada día tiene su afán y el de hoy parece ser la búsqueda de un entendimiento honorable y perdurable con esa gran nación. Pero en política —arte del claroscuro— todo es cuestión de matices. El sentido de aquel diferendo no fué la exaltación de un aislacionismo retobado ni menos aún, el espectáculo de un "match" apasionante entre dos gladiadores de distinta nacionalidad. Lo que se vió, ante todo, a través de la prolongada sucesión de presiones y resistencias que caracterizó el sonado proceso fué la salvaguardia empeñosa de una personalidad nacional amenazada en sus más altos valores. De ahí que nos preguntemos con preocupación profunda si el aval en blanco que significa la promesa no requerida de participar al lado de una nación poderosa en el primer conflicto armado que sostenga, sin especificar las condiciones de nuestra intervención ni individualizar al eventual contrincante, traduce el sentir común y refleja el principio de autodeterminación tantas veces invocado en los últimos tiempos.

Nuestra política, por los días que corren, permite asimilar vigorosas experiencias. La primera y la más visible es que el país quiere ser fielmente interpretado en su naciente personalidad internacional. Quiere serlo no solamente con la emoción pasajera de un discurso o con la repetición sistemática de una palabra-mito sino con el trabajo cotidiano y complejo de sus gobernantes. Quiere en ellos estilo, conducta, visión de su destino, inteligencia de los valores culturales que encarna, prudencia y decoro en la elección de los medios, grandeza y perseverancia en la prosecución de los fines. Recuérdeselo y siempre se obrará en nombre de la Argentina.

BALCÓN.

DE LAMENNAIS

Conocen los lectores de *Balcón* la hermosa Carta que el R. P. Garrigou Lagrange, O. P., uno de los teólogos más eminentes de la hora actual, ha tenido la bondad de enviarme con motivo de la recepción de mi último libro "De Lamennais a Maritain". El afamado religioso, considerado por Maritain como "uno de los teólogos de nuestra época que más admiramos y al que consideramos como el más seguro" (*Ciencia y sabiduría*, Edic. Desclée, B. Aires, pág. 136, en nota) manifiesta claramente su "congoja" por la "diferencia, dice, que hallo entre sus primeros libros (los de la época en que colaborábamos en perfecto acuerdo) y los últimos aparecidos desde la revolución que ensangrentó a España"; manifiesta asimismo su aprobación del enfoque con que presento yo los actuales acontecimientos y que concuerda con el expuesto por Donoso Cortés, hace un siglo, en sus "admirables obras, dice, cuyo espíritu es muy distinto del de los últimos libros de Jacques Maritain"; manifiesta finalmente que Maritain "se ha aventurado por un camino en el que Lamennais ha ido mucho más lejos".

La Carta refleja el gran afecto de Garrigou por Maritain, la pena grande que siente por sus actuales extravíos y la confianza que experimenta de que "los acontecimientos actuales acaben por esclarecerle, si ya no lo han hecho". Confiamos y deseamos vivamente que así sea; pero no compartimos la indulgencia del ilustre teólogo que le lleva a restar gravedad a su desviación que "está lejos, dice, de tener el alcance de la de Lamennais".

Reproduzcamos textualmente el pasaje de su Carta, que hemos de examinar aquí.

"Pero el título sensacional de su libro —dice— me parece excesivo, pues la desviación de que Vd. habla está lejos de tener el alcance de la de Lamennais que se equivocó en forma cada vez más extrema acerca del fin mismo de la Iglesia ya que sostenía que esta debía trabajar ante todo, no para conducir a los hombres a la vida *eterna* sino para el *bienestar temporal* de los pueblos a los cuales convendría libertar de toda forma de servidumbre. El artículo "Lamennais" del *Dict. de Théol. catholique* señala con exactitud que allí radica su error principal, y J. M. reprueba claramente este error y no olvida que ha escrito "*Primauté du Spirituel*".

El artículo "Lamennais" del Dict. de Theol. Catholique

Para situar el punto en cuestión me parece importante señalar que el estudio "Lamennais" del *Dict. de Théol. Catholique* al que alude el P. Garrigou Lagrange, era conocido por mí y apreciado como un estudio excelente con el que estaba conforme en todas sus partes.

¿Entonces es exacto decir que el error principal de Lamennais fué equivocarse sobre el fin mismo de la Iglesia "como si ella debía trabajar sobre todo, no para conducir los hombres a la *vida eterna*, sino para *el bienestar temporal* del pueblo a quienes convenía librar de toda servidumbre?

Distingamos. Es exacto, si con ello se quiere señalar su error central, matriz de todas las otras posiciones erróneas, aún en lo que tienen estas de cambiantes, y con tal que se advierta que este error yace en todas sus posiciones más diversas, sin que nunca haya sido formulado explícitamente por Lamennais. No es exacto, en cambio, si con ello quiere significarse que fué este el error principal del *liberalismo católico*, formulado por vez primera por Lamennais y sus compañeros de *L'Avenir* y condenado por la *Mirari Vos* de Gregorio XVI.

En otras palabras; el error típico de Lamennais, y por el que fué condenado, es el del liberalismo católico, o de las falsas libertades.

Sin embargo, este error lo defendió tan solo durante año y mes de los treinta y ocho de su actuación pública, habiendo defendido antes y después otras posiciones doctrinales o inconciliables con esta o mucho más extremas. En este sentido, no es éste, en la vida de Lamennais, su error principal aunque sea el error principal, por el que fué condenado en la *Mirari Vos*. Y, en cambio, en su vida, como explicación de sus cambiantes actitudes, es lícito descubrir este falso y erróneo concepto del fin mismo de la Iglesia, aunque nunca lo haya formulado expresamente.

Para comprender mejor ésto observemos que el artículo en cuestión del *Dict. de Théol. catholique*, al estudiar la vida íntegra de Lamennais la divide en tres grandes períodos: 1º el de la formación, 1782-1816; 2º, el período católico, 1816-1834 y 3º el período no-católico, 1834-1854. Es claro que la posición de Lamennais, en uno y otro de estos dos últimos períodos, no se parece en nada, aunque pudiera descubrirse en ambos una actitud psicológica constante. Pero como mi libro sobre Maritain no tenía el carácter de estudio psicológico sino doctrinario, cae de su peso, que el paralelo de Maritain con Lamennais debía limitarse *exclusivamente* al período de la vida de éste, clasificado como católico por dicho diccionario. Pero resulta que aún dentro de este período, Lamennais mantiene tres posiciones doctrinales que el citado diccionario clasifica, a su vez en tres períodos, el de *apologista*, 1816-1824, cuando escribe su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*, libro, que, al decir de Lacordaire, le alcanzó en un solo día el poder de Bossuet, el de *político antidemocrático*, 1824-1829 y el de *político democrático*, 1829-1835. Lo más saliente de este último período fué la campaña de *L'Avenir* que duró del 16 de octubre de 1830 al 15 de noviembre de 1831, exactamente año y mes, con los episodios consiguientes que terminaron primero con la condenación de sus errores liberales en la *Mirari Vos* (15 de agosto de 1832) en la que no se le nombraba y luego con su condenación personal en la *Singulari Nos* del 7 de julio de 1834.

Nuestro paralelo con Maritain abarca de la vida de Lamennais, *exclusivamente* este año y mes de su campaña en *L'Avenir*, y sostenemos que los errores principales formulados allí son ahora reiterados por Maritain.

Pero antes de entrar en esta última cuestión pareciera imponerse esta otra, ¿es lícito retacear año y mes en la vida de un hombre, cuya existencia se prolonga a tres cuartos de siglo, para caracterizarlo y para de allí establecer un paralelo con otro filósofo que vive cien años después?

El Lamennais típico es el Lamennais de L'Avenir.

Por las divisiones y subdivisiones que en la vida de Lamennais ha introducido el *Dict. de Théol. catholique*, aparece claro que es ella compleja y azarosa. Baste señalar que va desde un catolicismo ultramontano —el trono y el altar— antidemocrático, autoritario, clerical, inficionado de errores como el fideísmo y tradicionalismo

LA ORACION DE

Alejo, noble romano, por amor a Cristo y merced de un particular aviso divino, dejó intacta a su esposa la noche de bodas y emprendió noble peregrinación por el orbe del mundo cristiano.

Permaneció desconocido ante el mundo durante diez y siete años, hasta que, divulgado su nombre por la aparición de María cuando se encontraba en Edesa ciudad siríaca, se embarcó rumbo a su patria.

Una vez en Roma recibió pobre albergue en casa de su padre y allí vivió diez y siete años irreconocido de todos.

Murió durante el papado de Inocencio Iº. La historia de su vida nos es conocida por la noticia que él mismo dejó escrito y en la cual también aclara su nombre y linaje.

(Traducido de el Breviario - Lección IV, día 17 de junio)

Madre, en honor de tu virginidad
dejo de la mujer el regio don
en honor de tu limpia Concepción
cedo el derecho a mi sexualidad.

Cedo el derecho a la felicidad
de ver la novia hinchado el corazón
desceñir para el novio el cinturón
pálida y roja rosa de ansiedad

Noche de novios que se goza y pasa
pero era triaca de mi cruel dolor
mujer, de olvido saludable taza.

compro contigo una más alta flor
el abrazo que al tuyo sobrepasa
en la inmortalidad del Buen Amor...

No sé lo qué es. Es cien veces mejor.

A MARITAIN

hasta un socialismo revolucionario y demagógico. Pero en esta serie de posturas tan diversas y tan llenas de errores, ¿cuál es el error típico que en la historia de la Iglesia, le caracteriza? Pónelo bien de manifiesto el citado *Dict. de Théol. catholique* cuando después de exponer en 25 grandes páginas, nutridas de texto, la vida, obras y doctrinas de Lamennais, termina con el siguiente pasaje que intitula, "*Conclusión. Juicio sobre la doctrina de Lamennais*" y donde escribe: "No tenemos que apreciar aquí la importancia del papel de Lamennais en la historia de la Iglesia o en la historia de Francia. Es innegable que el fundador de *L'Avenir* fué el padre del liberalismo católico". Y al decir el autor del artículo "no tenemos que apreciar aquí la importancia del papel de Lamennais en la historia de la Iglesia" quiere significar que este punto es estudiado con prolijidad en otro lugar del mismo diccionario, precisamente en el artículo "*Libéralisme catholique*" en que se dedican veinte grandes páginas a Lamennais. He aquí, lo típico de Lamennais, en que se le reconoce el derecho de paternidad. Y ¿cuándo ejerce esta paternidad? Justamente en *L'Avenir*, en ese año y mes de su vida. Pues antes, fué ultramontano y antidemocrático, en lo que tiene mucho de común con Bonald, y después demagogo y socialista, que le es común con Saint Simon y Fourier.

De manera que lo típico de Lamennais, en la historia de los errores eclesiásticos, aquello que le distingue y le singulariza es su liberalismo católico. Tan cierto es ello y que sólo por él fué condenado que cuando el Arzobispo de Tolosa, Mons. d'Astros, pidió al santo Padre, antes y después de la *Mirari Vos* que ratificara la condenación de 55 proposiciones, extraídas de las obras de Lamennais, en especial de su *Ensayo*, se negó a ello el Santo Padre. (Ver *Dict.*, col. 2510).

Finalmente, que no sea el asignado por Garrigou el error típico de Lamennais en *la historia de la Iglesia*, aunque fuera *en su vida* su error predominante, lo demuestra el hecho de que el autor del citado artículo, hace mención de este error de Lamennais con motivo de la publicación del primer tomo de su *Ensayo*, que tuvo lugar en 1817, o sea quince años antes de la condenación de *L'Avenir* en la época de su ultramontanismo antidemocrático. "Insistamos en este punto, dice, porque es capital para comprender las evoluciones de Lamennais, para comprender su verdadero papel.

Lamennais es ante todo un político, un sociólogo, cuyas preocupaciones todas están orientadas hacia las cuestiones de organización social o política; no sueña tanto con la salud eterna de las almas sino en la salvación temporal de las sociedades, de Francia en particular...

El gran beneficio que espera de la restauración del orden social cristiano de la Edad Media, es una nueva liberación de las sociedades humanas, que no reposan hoy sino sobre la fuerza. La libertad, la independencia del hombre frente al hombre, tal es, de aquí en adelante, y esta vez definitivamente, la idea directriz, la aspiración fundamental de toda la vida de Lamennais. Se explica así que el día en que el "demócrata cristiano" creerá "comprobar que la Santa Sede pacta con el poder" despótico, "y por consiguiente hace fracasar al cristianismo en su misión liberal, su verdadera razón de ser a sus ojos", pierde la fe en la jerarquía, en la Iglesia "constituída" para no adherirse sino a la gran sociedad de los espíritus unidos entre ellos y con Dios, esto es a la humanidad". (Art. "*Lamennais*" del *Dict. de Théol. catholique*, col. 2478).

Esta concepción "política" sobre la misión de la Iglesia de Lamennais alimenta y sostiene su ultramontanismo antidemocrático del *Ensayo* como ha de alimentar y sostener su liberalismo de *L'Avenir* y como después, completamente laicizada, ha de alimentar y sostener su utópico socialismo revolucionario de 1848, en que fué elegido diputado por el Departamento del Sena.

Pero esta concepción ni se formuló nunca en error expreso ni fué tampoco condenada.

Maritain coincide punto por punto con el Lamennais de "L'Avenir".

La demostración de la coincidencia, casi literal, entre Maritain y el Lamennais de *L'Avenir* la he hecho en mi libro y no es el caso de repetirla aquí. Allí remito al lector, y sería para mí sumamente grato que un teólogo como el R. P. Garrigou Lagrange señalara las fallas, si las hay, de dicho cotejo. Baste indicar aquí que precisamente el artículo, el *Porvenir de la sociedad*, del 28 de junio de 1831 donde, en palabras del *Dict. de Théol. catholique*, "está netamente formulada y sistemáticamente demostrada la tesis que Lamennais quiere hacer triunfar en la Iglesia", es citada por mí en las páginas 13, 15, 18, 20, 25, 26, 27, 34, 35, 36, 37 ,38, 39, 43, 58, 151, 318, 319, de mi libro. Quiero con ello decir que el cotejo de Maritain con Lamennais lo fundaba yo en la "tesis netamente formulada y sistemáticamente demostrada" del pensamiento de Lamennais y que podemos comprender en estos cinco puntos, en los cuales es también neta y explícita la doctrina de Maritain:

1º Que el desarrollo histórico es necesariamente progresivo.

2º Que en consecuencia el régimen de liberalismo que ha inaugurado la Revolución francesa comporta un progreso con respecto al régimen de la Edad Media.

3º Que por tanto la Iglesia ha de aliarse con el liberalismo.

4º Que el régimen de las libertades modernas y en especial la libertad de profesar públicamente cualquier religión es cosa necesaria y conforme al espíritu del Evangelio.

5º Que el tipo de orden público social cristiano que han de proponerse como fin los católicos es una ciudad donde católicos, protestantes, agnósticos y ateos puedan vivir fraternalmente, sin que por tanto la ciudad, en cuanto tal, deba profesarse católica.

Cinco puntos que a su vez pueden condensarse en uno, que es el error típico del *liberalismo católico*, y que Garrigou Lagrange en su tratado De Revelatione, 2ª ed. pág. 597, expone en estos términos: "El liberalismo en cuanto distinto del indiferentismo arriba expuesto, y profesado por los liberales católicos, discípulos de F. de Lamennais *defiende la libertad civil de cualquier culto como condición de la sociedad no sólo no desordenada en sí misma sino como muy conforme con el espíritu evangélico y sumamente útil*. Porque aunque los católicos liberales confiesan que la Iglesia Católica es de divina institución, enseñan que hay que otorgarle plena libertad pero nada más. Porque la verdadera religión, dicen, se propagará y florecerá con sola la persuasión;

SAN ALEJO

Cristo en Cruz, siento un bien casi infinito
en el cuerpo nupcial de la mujer
este milagro de beldad gratuito
yo ¿cuándo lo he podido merecer?

Tú te hiciste por mí como un maldito
oh pobre Dios de carne en cruz ayer
el éxtasis carnal sin conocer
Tú impusiste a tu carne un inaudito Padecer.

¡Oh abrazo abierto para ser clavado!
vésme aquí como Tú inmovilizado.
Es mi noche nupcial, la inmensa y muda

felicidad... Yo beso tu costado
y con el gusto de tu sangre cruda
huyo del Paraíso que me has dado.

¡Cuida mi virgen hermanita viuda!

Yo he sido el pobre bajo la escalera
veintiaños. Hice un hecho de osadía
Oh Dios, te dí más de lo que debía
en locura amorosa y altanera.

Holocausto viviente día a día
que un dardo de dolencia transverbera
loco te dí lo que bien mío era
la carne virgen de la esposa mía.

Pobrecita. Sin venia y sin derecho
yo la inmolé a tu abierto corazón
Oh Dios ¿qué te parece lo que he hecho?

Pero tú fuiste el fuerte galardón
Tú la elevaste al nido de tu pecho
Hoy muero. Ella no sabe. Este es mi techo.

Yo soy nada. ¿Qué importa mi pasión?

JERÓNIMO DEL REY.

muchos la abrazarán con tanto mayor libertad y tanto mayor amor y confianza, cuanto menor sea la coacción, ya que la verdad siempre prevalece sobre el error.

Que este error y no otro fué condenado en la *Mirari Vos* declárelo el Cardenal Pacca en la Carta a Lamennais, que le adjuntaba con la remisión de la encíclica, donde le dice:

"El Santo Padre desaprueba también y reprueba aún las doctrinas relativas a la libertad *civil* y política, las cuales, contra vuestras intenciones sin duda, tienden por su naturaleza a excitar y propagar en todas partes el espíritu de sedición y de rebelión de parte de los súbditos contra sus soberanos...

Las doctrinas de *L'Avenir* sobre la libertad de los cultos y la libertad de la prensa, que han sido tratadas con tanta exageración y llevadas tan lejos por los señores redactores, son igualmente muy reprensibles, y en oposición con la enseñanza, las máximas y la práctica de la Iglesia"...

Maritain concuerda con Lamennais en el liberalismo católico.

En conclusión: mi tesis afirma netamente que Maritain concuerda con Lamennais en los puntos esenciales del liberalismo católico, error típico suyo como que es su autor y expositor, no superado. No entro a examinar aquí si el error del liberalismo católico, que constituyó una posición doctrinal de Lamennais tan sólo durante año y mes de su agitada vida, es a su vez efecto de una concepción predominantemente política de la Santa Iglesia. Creo que en realidad lo es. Pero aunque no lo fuera, esto es, aunque Lamennais no sostuviera implícitamente esta concepción equivocada sobre el fin mismo de la Iglesia, su error típico, el de las falsas libertades, quedaría tal cual y habría sido igualmente condenado.

Mi libro se titula "De Lamennais a Maritain" y no "Lamennais y Maritain" porque quiere señalar, no precisamente el cotejo de dos hombres, sino la identidad de un mismo error condenado, a través de la última centuria.

Bien aclarado lo que antecede puede plantearse esta otra cuestión: ¿Es cierto como presume el R. P. Garrigou Lagrange que Maritain, en sus últimos libros social-políticos no incurre, implícitamente al menos, en una concepción política y terrestre del cristianismo? Pero esto será tema de un próximo artículo.

Julio Meinvielle.



CARTA DE SOFRON DE OXYRA

De entre la copiosa correspondencia del anciano Sofrón, que floreció en sabiduría aproximadamente un siglo después de Solón en la lejana y peculiar república de Oxyra —que otros llamaban Agathaura— hemos traducido de su discutida obra Anticipaciones, *esta carta al joven Stesícoro, famoso después por sus apasionadas requisitorias contra el país de los "hiperbóreos". Es muy posible, como señala la crítica moderna, que Sofrón haya sobreestimado el genio político de Kybernetés cuando le asigna intención maquiavélica al pacto que cerró, poco después de tomar el real manto, con el poderoso Estalín de Listrigón; sobre todo a la luz de la reciente publicidad dada a aquella resonante oda suya, tan difícil de interpretar y aun de traducir, que tanto dió que hablar a los agoreros de la Hélade y que comienza según la versión en octosílabos de Fadrique Manrique: "Si por mano listrigona Zeus desatara su ira en la línea de la Hélade fielmente Oxyra estaría, al lado del hiperbóreo y junto a la gente amiga".*

Parafraseando a Sofrón en el final de la carta que va a leerse, diremos que no sin desazón esperamos el término de este enigma histórico, hasta tanto aparezcan otras traducciones de su famosa oda, menos contradictorias con el impulso popular que llevó a Kybernetés al real solio, impulso que en las grandes crisis de su gobierno lo sostuvieron muchas veces a pesar de sus errores.

(N. de la R.).

Después del desastre de los tiranos, sabes, Stesícoro, que el voto de la nación nos dió una nuevo rey, joven, valeroso, diestro. Kybernetés ha emprendido el gobernarnos y por cierto que bajo excelentes auspicios. Pero nuestro contento se ha visto muy pronto turbado. Bien que no estemos ligados como los helenos por el sacro vínculo de la anfictionía, nuestras tradiciones nos prohiben los pactos con bárbaros carentes de alguna creencia en la divinidad. ¿Qué fidelidad podemos esperar de gentes no sujetas al cielo por ningún respeto? Con ellas cabe a lo sumo algún convenio de mutua innocuidad, que más prevenga de nuestra constante vigilancia que entrañe confianza verdadera. En cuanto al contacto o frecuentación siempre lo hemos reputado nocivo. La compañía de los peores malea inevitablemente al bueno. Y es de temer que aquel bien, tan penosamnte alcanzado a través de seculares vicisitudes y tragedias que aun nos conmueve recordar, aquella paz interior y aquella policía de que empezábamos a estar orgullosos, porque nos elevaba a una condición semejante a la de los helenos, vuelvan presto a deteriorarse en el roce con naciones sin "paideia", cuyo dios es el vientre.

He aquí, ahora, la inquietante novedad. Kybernetés ha enviado emisarios a los lestrigones, cuando nadie lo esperaba, ofreciéndoles amistad y libre tránsito por nuestras comarcas. Toda Oxyra se pregunta cuál puede ser la razón de este acto, que ni aún pudo creerse posible en tiempos que todos juzgan menos afortunados que el presente.

El respeto al joven rey y las esperanzas que en él todos tienen puestas, llevan a algunos a preguntarse si será el temor a esos hiperbóreos que en los últimos años tanto han amenazado nuestra tranquilidad, lo que le ha movido a entenderse con los lestrigones, también enemigos de aquellos. Pero nadie sabe si el convenio lleva alguna cláusula que obligue a los nuevos amigos a defendernos contra los hiperbóreos en caso necesario. Y a causa de ello el ofrecimiento de amistad aparece casi como una entrega irracional, como un acto de "abulía" opuesto a la ciencia del buen gobierno.

El negocio ha sido llevado con presteza. Ya pisan nuestro suelo grupos de emisarios de los lestrigones. Su apresuramiento para llegar comprueba cuán ventajoso es para ellos lo que la regia voluntad les ha concedido. Mientras algunos diputados se afanan en demostraciones de paz y amistad ante la "gerusía" y los magistrados, el pueblo advierte que no han intentado siquiera reverenciar a los dioses políades y que hasta eluden pasar por las proximidades de la colina sagrada donde se yergue la nave de Zeus. En tanto otros recorren el país traficando y fisgoneando. Se susurra que procuran ganarse la voluntad de algunos ciudadanos, en especial entre los metecos, menos seguros en su fidelidad a la nación. En esta forma comenzarían a devolvernos el bien que tan inesperadamente han recibido de nosotros.

No, ciertamente, no caben pactos íntegros ni amistad verdadera sino entre iguales. Cuando alguna conveniencia especial nos obligue a tratar con pueblos de opuestas tradiciones y de costumbres tan distintas (sabes la siniestra reputación que rodea a estos hombres del septentrión, acreditada por relatos de marinos que pudieron escapar de sus manos), la prudencia indica ceñir las concesiones a lo indispensable y multiplicar las seguridades. De tal modo que lo que únicamente se justifica por el interés supremo de la ciudad y no por razones de afinidad, simpatía o similitud de cultura, no venga a convertirse en ocasión de daño para ella.

La gran firmeza de nuestra conducta y la justicia de nuestra causa habían terminado por vencer en el largo pleito con los hiperbóreos, aunque las pretensiones de estos a la hegemonia no hayan hecho más que mudar de disfraz y sus conatos puedan encontrar siempre ocasión para recomenzar. De todos modos su interés actual es aparen-

tar que nos respetan, para persuadir a todos que sólo les mueve el deseo de la justicia y que su notable poderío es más bien una garantía de su equidad que una amenaza para la paz. Cabe entonces pensar si este repentino pacto con los lestrigones, sus mayores enemigos, no podría tener el resultado desafortunado de irritarlos y no les dará motivos para guiarse por los dictados de la fuerza pura.

Además de estas razones de perplejidad vemos aquí otra más honda todavía. Aunque ya han transcurrido más de cien años del hecho y de que el hijo de Oloros escribiera su historia de la guerra, en esta lejana Oxyra no deja de respetarse la lección que se deduce de la enmarañada serie de sucesos que culminaron con el fin de la hegemonía ática sobre la Helade. Si, los países como los hombres deben obedecer a las leyes que rigen el mundo. Ya sea debida a la voluntad de los celestes, ya forme parte de la entraña de las cosas —lo que también debe ser tenido por sagrado— una norma existe, indiscernible para el profano, que pone límites a las cosas, tanto las que son perceptibles a los sentidos en el mundo de la estética, como las invisibles que constituyen el orden de la moralidad y el más elevado de la razón. Esa norma que es el secreto del dios délfico y de Atenea, la virgen sabia, es la garantía del orden universal. Sin ella no existiría el cosmos. La diosa la revela a los prudentes, a los que teologizan, a los que reinan según la "diké", y ellos las comunican en preceptos a los pueblos, como lo hizo aquel verdadero terapeuta de la ley celeste que fué Solón. Más, una inspiración general hizo del pueblo entero de los helenos algo así como un discípulo de esa alta enseñanza, por donde mereció que se multiplicaran en su seno los maestros de la admirable "sofrosyne". Si Pericles pudo decir de Atenas que era una regla para toda la Hélade, los demás podemos decir que la Hélade es escuela para toda la humanidad.

Ahora bien; la resolución de nuestro rey parece contraria a esas lecciones de la sabiduría y de la experiencia. Por el camino de los vínculos de intención defensiva comienzan a perder los pueblos la libertad de sus decisiones, complicándose en la suerte de otras naciones hasta extremos que nunca puede preverse con exactitud. En primer lugar los desaciertos de los aliados repercuten sobre la propia fortuna y después el país es colocado en esa vía de la *acción desmedida* que conduce a la "hybris" que los dioses castigan. La necesidad de sostener este o el otro aspecto de intereses, que siempre parece indispensable defender, va apartando poco a poco a los pueblos de la justa medida de su actividad, conduciéndoles a desbordar las proporciones que bastan a su bienestar legítimo. Los éxitos de las primeras empresas son como un cebo del destino mortal. Con ellos comienza a despuntar el orgullo y el orgullo, como dijo el poeta, no aprovecha jamás a los mortales. "Cuando la Hybris se abre trae como fruto la ceguera, cuya cosecha es rica en lágrimas, porque despreciando los dones que se poseen, se apetecen otros. Zeus amenaza con la venganza a la soberbia desmesurada y orgullosa y exige estrictas cuentas".

Acaso yo, como anciano, Stesícoro, veo más grandes los peligros de una acción imprudente. Acaso el buen rey tiene razones que la común razón no alcanza y así como el médico hace tríaca de los venenos puede que él esté manejando con cautela, para salud de la nación, un recurso que no utilizado según la ciencia tenemos razón en considerar como pernicioso. Pero no sin desazón esperaremos el término de este suceso.

Salúdote.

SOFRON

Versión de Mateo Luque.

DE LAS GENERACIONES

PROYECCIONES SOBRE UNA NUEVA JUVENTUD



Con temor de abusar de los conceptos, volvemos sin embargo a discurrir sobre un tema actualizado recientemente, pero esta vez en vista de los reflejos más prácticos que el mismo pueda arrojar en las presentes circunstancias. Si bien no prescindiremos, para introducirnos, de un ajuste en cuanto al significado del término generación, el carácter experimental de estas consideraciones nos ha de eximir, en consecuencia, de discrepancias en las apreciaciones siguientes.

En el aspecto especulativo de la generación —*módulo histórico, patrón*, como se la ha definido, o en el pensamiento de Ortega y Gasset: *El gozne sobre el que la Historia ejecuta sus movimientos*— puede pecarse fácilmente en su concepción tanto por defecto como por exceso. El "gran espectador" lo reconoce años más tarde cuando volviendo sobre la opinión anterior, a la cual subrayó con la rotunda afirmación: *es el concepto más importante de la Historia*, prevé la exageración de tal acepción y por otra parte la frivolidad de quienes suponen que *la vida de cada generación consiste en pelearse con la anterior*.

Ni una ni otra cosa trasunta exactamente el sentido que a éstas líneas hemos querido asignar, y más aún nos parece absurdo que del subtítulo haya de seguirse que pueda hablarse del futuro, cual si las generaciones obedecieran a una consigna prefijada. Ello, no obstante, bueno es hacer notar que cada época ofrece un hueco a sus hijos de idéntica manera que a cada hombre se le exige una vocación, sin que esto importe ni proponer un criterio geométrico ni el entimema de asegurar apresuradamente éxitos o fracasos hipotéticos, vgr.: *el momento es difícil, luego las generaciones fracasarán.* Lo que conviene a esta altura señalar, precisando las ideas, es que la simple coetaneidad es insuficiente para imprimir a un grupo de individuos los caracteres de generación, en el sentido que le hemos concedido de cualidad trascendente en la Historia. Sin un mismo estilo vital e idénticas inquietudes, mal puede llenarse ese hueco, de que hablamos, que ofrecen los tiempos; a lo sumo podrá moldearse el trancurrir de los mismos, cubrirlos con yeso. Lo que no se logrará hacer es enderezar los acontecimientos de acuerdo a un compromiso serio, cual es el de estar identificado con el presente de una manera realista.

Por otra parte, en tiempos de gran prisa como los nuestros, una disciplina viviente y referida al hombre, tal el estudio de las generaciones, posee cualidades que otros asuntos más inmutables pero vetustos dejan de tener: el dinamismo y la visión sin las que el hombre del Siglo XX se extravía frecuentemente.

Pero, es conveniente insistir, sin embargo, en el caso de prever o fomentar generaciones, que quien dirá su última palabra será el tiempo que en su frondosa perspectiva ha de determinar lo que por ahora en nuestro caso es apenas un proyecto aunque un grande y noble anhelo.

Entretanto y antes de agotar la disquisición que vamos a analizar, vale la pena dejar de lado todo sentimentalismo que nos ate a un cuadro existente, para comprender con el máximo de objetividad el problema que suscita el enlace de dos edades—para hablar solo de coetaneidad.

Entendiendo a las inquietudes como potencia, y a la generación como acto de un mismo proceso es lógico pensar que dos edades —o más— que estén identificadas por intensos lazos de convivencia intelectual, pueden constituir a lo largo de una época, una sola generación histórica en que las distintas capas revelen la iniciación, el apogeo y la decadencia de esta misma como etapas sucesivas de un continuo desarrollo.

Se podrá pensar, con buen sentido también, que las diferencias de edades por pequeñas que sean, en circunstancias especiales, darán conjuntos de individuos suficientemente diferenciados, y que por lo tanto cada grupo por sí solo, en virtud de características definidas, constituyen una generación.

Por último, no será inútil meditar sobre la posibilidad de que todas estas supuestas generaciones no merezcan el nombre de tales y sea ridículo así designarlas, cuando solo son la cola de una época caduca, que aunque nefasta en muchos aspectos, tuvo personajes de relieve que, los que vivimos hoy, quién sabe si podremos superar.

Los matices de estas consideraciones son harto numerosos y la

convencionalidad de los vocablos adaptables al asunto, impiden poner límites rígidos, con riesgo de cometer imperdonables errores manipuleando estos conceptos *no puro arbitrio, pero arbitrarios.*

El acierto con que Laín Entralgo habla de todo esto nos mueve a transcribir lo que sigue, no solo pensando en la común concepción de las ideas, sino en los paralelos que pueden trazarse como vínculos de un marco que nos es común. Dice: *Toda generación histórica comienza en efecto en el sentido todavía inexpreso que unos cuantos jóvenes coetáneos quieren dar a sus incipientes vidas individuales.*

Este sentido *todavía inexpreso* ha de ser nuestro común denominador y lo será también el de todos los contemporáneos que vivan nuestras inquietudes de renovación en lo tradicional. Resultaría ingenuo querer sintetizar en este trabajo la empresa en que estamos empeñados los que aquí escribimos; y por otra parte para ello están todos los demás artículos y editoriales que la componen, como para que se despabile el más palurdo de los que ignoren la senda por donde debe marchar inexorablemente el país.

El nexo evidente, que la integración de una nueva juventud tiene siempre con la futura clase dirigente, acusa, aún más la magnitud del proceso de preparación. Dentro de este aspecto sólo dos o tres ideas primordiales bastan para fijar la faz práctica de una gestación segura: la formación intelectual ortodoxa y sólida, la superioridad de numerosos elementos que la jerarquicen y la intrepidez moral de jugarse por los principios.

José Antonio sintetiza brillantemente todo esto cuando dice que: "*Pertenecemos a una misma generación, los que percibimos el sentido trágico de la época en que vivimos y no solo aceptamos sino que recabamos para nosotros mismos la responsabilidad del desenlace.*"

Finalmente es bueno recorrer lo andado y caer en la cuenta —para seguir de inmediato tal conducta— de que en una total espontaneidad radica, a no dudarlo la mies de personalidades sobresalientes sin las que es inútil pretender formar generaciones.

Además esto se conseguirá volviendo al hombre con naturalidad y sin filantropías anacrónicas —*bien calificadas están por J. M. Estrada de antropocéntricas*— y a la vida en su más simple forma, tallándolo con riguroso ajuste a los cánones permanentes. Solo así y de ninguna otra manera podrá lograrse la generación que la Universidad y la Patria reclama con urgencia.

Bien dice García Morente que "*No está en lo político ni en lo social, ni en lo colectivo, ni en lo público, el fin de nuestra actividad, sino solo el medio y la base sobre la cual se alcen las vidas reales que son las vidas individuales de cada uno.* Y sigue: *Cuando los hombres se cansen de vivir extravertidos y empiecen a reponer la publicidad al servicio de la vida privada habrá empezado un período nuevo en nuestra Historia.*"

Convengamos en el acierto y la agudeza de las palabras de este ilustre filósofo, para adhiriéndonos plenamente a su observación, mediante la cual las generaciones no podrán ser adaptaciones artificiales, ni abortos de juventudes en gestación. Serán pues, en consecuencia, el producto natural de lo que el conjunto de las individualidades manifieste y estas individualidades habrán de trascender recién cuando conozcan y practiquen las verdades que las han de regir.

PATRICIO H. RANDLE.

DISCURSOS, DISCURSOS

Informa "La Prensa" que el doctor Guardo fué aplaudido por legisladores de la derecha y de la izquierda —¡anacrónicos sobrevivientes del siglo XIX!— cuando leyó su discurso del otro día, anunciando que se ha de ceñir estrictamente al reglamento. Lástima que el reglamento prohibe leer los discursos.

El presidente de la cámara, que, según indicó, se ha visto en la obligación de testar conceptos agraviantes del discurso de un diputado por la Capital —¿no representaban los diputados a la Nación?— exhortó a sus díscolos alumnos al trabajo y a la declinación de las diferencias partidarias. Demás está decir que éstos no pasarán de la primera declinación.

El doctor Guardo, con la mejor buena voluntad, reconoce que la oposición bien inspirada no es mala. "Las tendencias adversarias se fiscalizan y complementan, y siempre inducen una nueva marcha resultante, como en el paralelogramo de las fuerzas." El conocido odontólogo —misterios de la vocación— nos está resultando un excelente profesor de estática. "Pero las exageraciones y los excesos comprometen las más respetables causas". No se ve claro si el señor presidente cree que las "causas" —como las opiniones inglesas— son tanto más respetables cuanto más equivocadas, o si sólo se trata de una cortesía a sus colegas.

Lo que sí resulta exagerado y excesivo es el optimismo del doctor Guardo, quien parece ignorar la esencia del sistema parlamentario liberal. Porque sacar a los diputados de la discusión política enconada y estéril es, lisa y llanamente, desviarlos de su función específica.

SIMÓN DE BEAUREGARD.

LA REDUCCION DEL INTERES

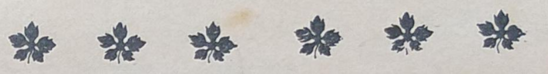
El interés del dinero constituye un problema que ha preocupado siempre a la humanidad. Antiguamente se discutía su legitimidad; ahora se discute el porciento. Las autoridades financieras de nuestro país se han trazado un amplio plan de reducción de la tasa del interés, por lo menos en lo que respecta a las deudas del fisco. Las conversiones de los títulos del Estado han dado nueva actualidad al problema, y se han vuelto a repetir las grandes falsedades de la economía clásica.

No importa que en la práctica se haya puesto en evidencia el total divorcio de esta doctrina con la realidad económica. De nada sirve que los grandes economistas contemporáneos (cf. Keynes) hayan demostrado los absurdos en que se funda, y la necesidad de volver a los principios verdaderamente "clásicos"(medioevales, si se quiere) en problemas como el del interés, precisamente. Nada de esto conmueve a nuestros grandes pensadores; en las universidades se siguen enseñando los mismos despropósitos, y los "órganos de la opinión" siguen repitiendo —con toda libertad, por supuesto— los mismos dogmas. Es claro que estas medidas financieras hieren profundamente intereses de gran magnitud. Pero no hay que ser tan suspicaces como para pensar en la mala fe de estos economistas nuestros; la simple y pura ignorancia puede explicarlo todo.

Es digno de verse el comentario editorial recientemente publicado por uno de los grandes matutinos, con motivo de la conversión de títulos. En uno de sus párrafos se condensan con toda lucidez los postulados clásicos al respecto, anunciando las terribles calamidades que soportaremos a breve plazo: estancamiento, desocupación, miseria y, por último, el aniquilamiento final de nuestra potencia económica .Y todo esto, causado solamente porque el Estado resuelve pagar 1 % menos de interés a sus acreedores...

Veamos en qué se funda la profecía:

1. "La reducción sucesiva de la



LOS DOS RIESGOS DEL

Digamos desde ya que escapa a nuestro tema el indicar los riesgos y desventuras a que los llamados católicos democráticos pudieran encontrarse expuestos. Queda con esto dicho que nos hemos de referir a los otros, a los que se conforman con llamarse, modestamente, católicos. Otra salvedad, todavía: no se llame a engaño el lector, y advierta que hemos de hacer aquí —deliberada y cautamente— un poco el racionalista. Prescindiremos, pues, de distingos que — esfumando responsabilidades — sólo servirían para hacer borroso el conjunto.

Pues bien, si esquematizamos un tanto la realidad, cuidando que no implique esto deformarla, podemos dividir a los intelectuales católicos —entre los cuales, por feliz coincidencia, suele haber bastantes inteligentes— en dos tipos, según la peculiar disposición mental con que encaren las ideas y los hechos. Los unos, atentos principalmente a la verdad, se enfrentan con el mundo y se la dicen, sin parar mientes en sombras ni bultos que se menean; los otros tratan más bien de adecuar su modo de expresión a las circunstancias —sobre todo a la época— en que les toca vivir. Comportan ambas actitudes riesgos que es menester señalar.

Compete corrientemente a los primeros el pronunciar sentencia definitiva sobre los acontecimientos, el atender al contenido último de verdad o de mentira, de bondad o de perversidad de los hechos. Pareciera entonces que ningún riesgo corren quienes cumplen esta misión; pero pensemos que si bien es cierto que no estamos aquí para obtener el éxito, sino para dar testimonio, bueno será que ese testimonio sea al menos tenido en cuenta por nuestros prójimos. Y como no basta decir que algo es verdadero para ponerse a creer que efectivamente rige, para darlo por vigente, el problema reside, según se ve, en la manera como conviene predicar la verdad, en el modo concreto de hacerla eficaz, de incorporarla al efectivo intercambio cultural.

No ver eso, abandonarse a los conceptos, a la pura abstracción, es perder contacto con la realidad del mundo, es vivir a la orilla de las cosas. El riesgo pende, pues, por este lado, de la posible coyuntura —y el caso reclama una fórmula paradojal— de quedar fuera de la realidad por aferrarse a la verdad.

Si es cierto, como antaño decía Maritain, que la verdad no reconoce criterio cronológico, necesario es advertir cuales son las ideas vitalmente reclamadas por nuestro tiempo y, sacándolas del patrimonio inagotable de que somos depositarios, ponerlas en vigor. Muchos son los que han percibido cabalmente esta necesidad y, con estilo amplio y comprensivo, se han dado a buscar qué cosas necesitan

tasa del interés y la falta de estabilidad de las condiciones en que se realizan las inversiones terminarán por destruir el espíritu de ahorro".

2. "Los individuos dejan de sufrir el sacrificio inmediato que significa guardar una parte de sus réditos para atender una contingencia más o menos cierta a producirse en lo futuro, y consumen entonces la totalidad de sus recursos".

3. "Al no existir el ahorro, no se forman los capitales nuevos que se requieren para cubrir las exigencias de la producción y distribución de bienes, en sus continuos procesos evolutivos, originándose por tal motivo el estancamiento, que al traer primero la desocupación y después la miseria, termina por destruir la potencia económica de los pueblos".

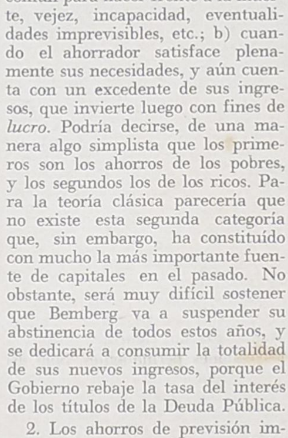
Tratemos de averiguar en donde se encuentra la clave de toda esta colección de inexactitudes.

Es conocido que la sabiduría antigua no aceptaba la legitimidad del interés del dinero. Para el mismo derecho romano la gratuidad era esencial en el préstamo de dinero (aunque los usureros, como siempre, burlaran la ley). El cristianismo mantuvo invariable su intransigencia a este respecto. Es característico el hecho de que sea Calvino, quien por primera vez se atreve a defender la licitud del interés.

Más tarde los economistas —despreocupados del aspecto moral— se dedicaron a buscar un fundamento racional del interés. Se enunciaron infinidad de teorías y ninguna llegó a satisfacer plenamente. Pero, a falta de otra mejor, alcanzó considerable difusión la de "la abstinencia", según la cual el interés sería el premio indispensable para el sacrificio del ahorrador. Y ella se sigue repitiendo aún hoy, a pesar de que el simple sentido común bastaría para revelar sus errores.

Analicemos cada uno de los puntos enunciados:

1. No es exacto que el aliciente del interés constituya el fundamento del espíritu del ahorro. En efecto, si se entiende por ahorro aquella parte de los ingresos no gastados en el consumo inmediato, es preciso formular una distinción fundamental en cuanto a los casos en que el ahorro tiene lugar: a) cuando el ahorrador se debe privar de satisfacer necesidades presentes, en *previsión* de otras futuras a las que asigna mayor importancia, por lo



común para hacer frente a la muerte, vejez, incapacidad, eventualidades imprevisibles, etc.; b) cuando el ahorrador satisface plenamente sus necesidades, y aún cuenta con un excedente de sus ingresos, que invierte luego con fines de *lucro*. Podría decirse, de una manera algo simplista que los primeros son los ahorros de los pobres, y los segundos los de los ricos. Para la teoría clásica parecería que no existe esta segunda categoría que, sin embargo, ha constituído con mucho la más importante fuente de capitales en el pasado. No obstante, será muy difícil sostener que Bemberg va a suspender su abstinencia de todos estos años, y se dedicará a consumir la totalidad de sus nuevos ingresos, porque el Gobierno rebaje la tasa del interés de los títulos de la Deuda Pública.

2. Los ahorros de previsión implican sí un verdadero sacrificio, en vista a poder atender contingencias futuras. Su importancia es cada vez mayor en la economía moderna. Basta recordar las inmensas sumas acumuladas por las Cajas de Previsión, compañías de seguro y capitalización, cajas de ahorro, etc. Algunas son de carácter obligatorio y, por consiguiente, el interés no puede ser su móvil. Pero también puede afirmarse lo mismo para los ahorros voluntarios. Es evidente, en efecto, que quien se abstiene hoy de satisfacer necesidades presentes, a veces premiosas, y ahorra 100 pesos, por ejemplo, para tener con qué hacer frente a los gastos de una posible enfermedad, no habrá de cambiar de actitud por el hecho de que dentro de un año sus economías, hayan aumentado a sólo 103 pesos, en lugar de 104.

3. No hay pues, ningún peligro de que la disminución del interés impida la formación de los nuevos capitales necesarios para continuar y ampliar el proceso económico. Por el contrario, considero que el creciente aumento de los ahorros de previsión (recuérdese sólo los nuevos régimenes jubilatorios de los empleados y obreros de la industria y el comercio) permitirá acumular cada año una proporción de la renta nacional mucho mayor que antes; con la ventaja de que esas sumas estarán directamente a disposición de la comunidad para su utilización productiva; lo que no siempre sucede con los excedentes de los "ricos", en cuya voluntaria retracción en inversiones *reales* (que ocurre cuando no se encuentra el lucro que se desea) debe buscarse la principal causa de las crisis.

Es por eso también muy exacto lo que expresa el comunicado oficial emitido al anunciar la conversión, en el sentido de que una política de abaratamiento general del interés del dinero fomentará "el desarrollo de la industria y las demás actividades que deben concurrir para su financiación al mercado de capitales. El efecto estimulante de esta política sobre las actividades económicas del país permitirá impulsar al máximo la producción y promover un estado de ocupación total dentro de una expansión ordenada de la actividad económica; todo lo cual ha de permitir, sin duda alguna, elevar el nivel de vida de los habitantes de la Nación."

Es esto, en efecto, y no grandes catástrofes, lo que ha de esperarse que ocurra, si (entre otras cosas) se maneja hábilmente la política del crédito.

CARLOS MOYANO LLERENA

INTELECTUAL CATOLICO

como la luz y como el aire, más que el aire y que la luz, nuestros lacerados hermanos de hoy.

Eso en cuanto a las ideas y las cosas que —con precisión absoluta, casi diríamos con necesidad de medio— ha menester el hombre moderno. En cuanto a los hechos con que éste va jalonando su camino, más que juzgarlos, —acaso un poco cansados de tanto denunciar el error y la iniquidad— les interesa a estos católicos apreciar sus causas en el tiempo. En lugar de buscar la huella del demonio en la Revolución Burguesa —empresa aburridora de tanto repetirla— prefieren, verbigracia, indagar la influencia de tal o cual iluminista en este malhadado acontecimiento. Y aquí aparece el peligro que por este lado se corre, porque propio es de la humana condición el empezar apreciando los actos e ideas del enemigo, en el sentido de formarse un concepto sobre ellos, y acabar apreciándolos, con el significado de sentir afecto por ellos. Y en cuanto a la responsabilidad de los hechos, no es raro que se opere un desplazamiento de ésta, que acaba por resolverse en la vieja tentación —más vieja, por cierto, que Berdiaeff— de echar la culpa de todo a los defensores del pensamiento tradicional. Derivación de escasa originalidad, y en la que, a decir verdad, ésta no tiene demasiado que hacer.

El riesgo consiste, entonces, en el evento de, por aferrarse a la realidad, quedar fuera de la verdad. Escrito está que quien ama el peligro perecerá en él, y asentar un pie en la Iglesia y otro en el siglo es una manera la más fácil de exponerse a recibir un porrazo. Quienes de este modo encaran las cosas se aventuran pues, a hacer *Action Française*, maritenismo de derecha, sin contar la contingencia, menos funesta pero más humillante, de que su filosofía rejuvenecida y puesta a la moda sea mañana llamada —con palabras de Taine— *philosophie à l'usage des lettrès*.

Como seguramente está pensando el lector que no nos adecuamos rigurosamente a la realidad, cumple recordar ahora que le hemos puesto ya en guardia contra la esquematización que habíamos de hacer, y que señalamos aquí no tanto realidades ya existentes cuanto riesgos que se corren. Amén de que, así como no pensaban los antiguos que todos habían de ser pura y simplemente biliosos, sanguíneos, flemáticos o melancólicos, así es raro hoy día encontrar un mero nuevo rico de la verdad o un maritenista de derecha puro. Pareciera, eso sí, que tanto más se acercan los hombres al tipo extremo y sin mezcla cuanto más dejados se encuentran de las musas.

Y acaso no sea la tarea menos urgente y generosa de nuestros días la de integrar ambas corrientes en un todo orgánico, de manera que, desechadas las exageraciones y tachados los errores, podamos de verdad disponernos a ganar el cielo sin perder la tierra.

CÉSAR FALCIOLA.

NOTA COLACIONADA AL ALCALDE MAYOR

No es de creer que sea bueno estarse quietamente adosado a antiguallas agusanadas, ni pasarse la vida muriéndose de anacronismo viendo desde la torre almenada de un castillo ojival cómo hienden atmósfera y estratósfera los cohetes voladores de turismo que viajan los lunes a la Luna. No, no es bueno ser antihistórico.

Por el contrario, debe ser el hombre, moderno, sentirse en actualidad, que es calidad de existir activamente en el tiempo presente, más, que es condición de historicidad. Debe crear sin prisa ni pausa sus propios valores, recreando las cosas a su medida temporal aunque atento siempre a que él no es la medida de todas las cosas; cambiar el vino de los odres, y aún hacerlos nuevos, cuando no resistan la energía, o virulencia, de los nuevos contenidos. Otra cosa, es bobada romántica... o eunuquismo cultural.

Pero... (sin este vocablo cauto el mundo se habría hecho cisco, llevado por el fluir de su audaz razonamiento)... ¡guay! de en queriendo ser vivo pasarse de ello y caer en el torpe pecado de la iconoclastia. El linde es sutil, que divide los predios del pasado retardario y el futuro diabólico. Allende aquél, arcaísmo; aquende, modernismo. Las dos caras de la mala moneda con que se compra la ruina.

Discurría así mi pobre pensamiento tardes pasadas mientras, vagando y divagando, el azar me hacía circuir con pasos lentos el perímetro de la antigua quinta de Miró, hogaño recinto de risas niñas y holganzas de pobres de solemnidad. Caía el sol ya de soslayo penetrando con timidez pajuerana por los resquicios que deja alto caserío de irremediable fealdad; caía el pobre, como áureo animalillo que tras largo andar por los tejados de hollín encuentra al cabo donde echarse a correr sobre césped verde y entre viejos árboles, y también con faunesca travesura por bajo las piernas de niñeras desaprensivas. Daba gusto verlo retozar tan libremente.

Pero yo tenía una pena muy honda que me acongojaba y arrancara aquella reflexión un cuarto filosófica, tres cuartos sanchopancesca y toda muy prudente. Y es que

había leído esa mañana en un diario que en dar malas noticias nunca miente, que primates había en el gobierno edilicio con propósitos muy firmes de elevar allí la sede comunal, descomunal, de la metrópoli.

Bien; soy hombre de resoluciones modestas pero rápidas y, una vez tomadas, irrevocables. Cogí papel y pluma en no se qué escribanía vecina, que las hay por cientos, y garabateé cuatro letras que así decían, poco más o menos:

“Excelentísimo Señor Intendente
de Buenos Aires:
“Quien ésto os escribe no tiene
“ más título para ello que el de un
“ porteñismo que ya de ancestral es
“ casi atávico. Porteño soy en efec-
“ to, e hijo y nieto hasta chozno
“ de porteños; si el lugar donde ha
“ nacido mi gente me diera dere-
“ chos para enriquecer el escudo
“ familiar, bien podría habilitarles
“ un campo a la nao que en el de
“ Buenos Aires surca el Plata y a
“ la Paloma que la baña con su
“ gracia. Sé de vuestro deseo de le-
“ vantar al asiento del gobierno
“ ciudadano ancho y decoroso al-
“ bergue. Como tal deseo lo acla-
“ mo, pero creo Señor, que andáis
“ errado. Todo cuanto se piense, y
“ más cuanto se haga, en orden a
“ desgajar el Palacio Municipal de
“ de la vera de la Plaza Mayor, es
“ crimen de lesa historia del cual,
“ con todo respeto y caridad, os
“ hago responsable para futuras
“ vindictas que no ejercerá mi ma-
“ no mansa, sino las de un tras-
“ mundo de Alcaldes y Fieles Eje-
“ cutores.
“Oídme, Señor: Buenos Aires de
“ carne y hueso quiere crecer y
“ hacéis bien en ayudarla, pero
“ Buenos Aires telúrica no acep-
“ tará con calma que le desman-
“ den el rostro hasta dejarla irre-
“ conocible. Está enraizada en el
“ sitio y no cree en la necesidad
“ de una tercera fundación. Tema
“ como yo, Vuesamerced, un terre-
“ moto implacable que os mate y
“ rompa los lentes. Ruégaos por mi
“ intermedio una actitud respetuo-
“ sa, propia de quien ha poco no
“ moraba en élla y pronto tal vez
“ —el tiempo vuela— dejará de
“ habitarla. Confirmaréis así vues-
“ tra fama de hombre discreto, fun-
“ damentalmente discreto.
“ Será pues, justicia y prudencia.
“ Dios os guarde.
“ Fdo.: Urbano de Mendia y Pavón.
“ Otro si: Si descartada la Plaza
“ Lavalle, hubiere exótico consejero
“ que os hablase del centro geográ-
“ fico de la ciudad, exorcizadlo Se-
“ ñor, como a un demonio centripe-
“ to, o mejor, comprometedlo a que
“ por las mismas razones propicie la
“ erección de la Casa del Gobierno
“ Federal en el cruce del grado 35º
“ de latitud sur con el 65º de longi-
“ tud oeste (cae en La Pampa, un
“ poco al noroeste de la localidad de
“ Ingeniero Luiggi). Vale”.

Hecho esto quedé más tranquilo. “Mejor que prometer... es realizar”, dice un proverbio árabe atribuído a un jeque que lo fué de hueste díscola. ¿No sería mejor, pienso yo?... Pero en fin, dejemos eso.

Urbano.

DIARIO DE UN BUZO

Domingo. — Cada día trae su afán. Y cada día que brinca se lo lleva. Por eso, siempre, allá al poniente, lugar del morir, un velo morado, cedazo sangriento, se tiende. Son los afanes, la caravana de afanes jornaleros, que parten en el motín del crepúsculo rumbo a las sombras del ayer, tal vez al limbo, donde, lo que no ha consumado su destino, mora y aguarda.

—Ven, péñola, ven clavileño mío, llévame a tu suerte, contigo. Hazme capitán de mesnadas que huyan, mas como huye el viento: para conmover el muro y seducir la espesura, para penetrar mejor por brechas y abras. Tú serás halcón de afanes en la alta cetrería de la nubes.

—Lárgate ya, cenicienta musa. (Solo estoy y sólo duermo.)

Martes. — No esperéis encontrar aquí, vosotros los más jóvenes, nada que sea estimular una actitud fanática o un ademán de frivolidad. No nos dejaremos ir por el camino tan fácil de los tópicos, por donde cada esquema encuentra a mano su salida y cada lugar común hace su agosto. No escribimos para satisfacer o para tranquilizar ninguna establecida prevención. No nos proponemos acomodar nuestra mira al criterio más vecino, al que nos permita estar con él; ni al que reclute más voces, más atmósfera.

Si nuestra propia opinión no logra ese éxito de número o de estima que alborota a los pusilánimes, si no sirve a modo de refugio, no nos importa un ardite.

Porque para enfervorizar con grititos, con aplausos pródigos se recomiendan los entusiasmos y el sufragio femeninos. Y no es que se nos antoje andar aislados, fruncir el ceño contra esto y aquello, como diría Unamuno. Por supuesto que no nos sienta el aire de disconformismo, la predisposición a no aceptar los hechos como los hechos se dan, en virtud de estimaciones subjetivas o normas utópicas.

Lo que queremos, precisamente es tomar partido; queremos ser fieles a la política de cosas, a la realidad tal cual la declaran los acontecimientos.

Se equivocarían, además, en este terreno, quienes afirmaran que existe sobre los hechos de orden público, una opinión clara, nítida, bien discernida. Lejos de ello, lo que caracteriza el presente argentino es la orfandad de opinión. Nos referimos, desde luego, a la opinión dirigente de donde, en definitiva, a retaguardia se segrega la llamada opinión pública. Hoy no hay opinión franca, capaz de orientar, con ánimo de ver, de influir.

Pues bien, aunque se la ignore o no se la reconozca, nuestra responsabilidad —la responsabilidad de algunos— ante una conciencia política, resulta seria y grave. La aceptamos con honra, abiertamente, ampliamente y no nos arrepentimos de haber cumplido un papel. Hemos sido y somos sin reticencias, sin nostalgias, sin ligerezas adictos a una nueva política. De esto se trata. Pero, por lo mismo, porque conocemos nuestra responsabilidad, porque la exageramos, no permitiremos que la de los sicofantes sea la única revolución, no abandonaremos la conciencia política, la lucha por la tendencia que durante años contribuímos a crear.

Miércoles. — Por cierto, no cultivamos —a mansalva— el ataque personal como género político. Vale decir, no nos interesa desahogarnos. Estamos advertidos y somos conocedores de lo que en la vida argentina ha significado de estéril, de torvo, la agresión a las personas para insistir en ese recurso de vieja política.

Cuando señalemos a un hombre lo haremos para discernir su misión, su fuerza, su valor, su empeño. Pues tampoco —quede entendido— nos cohibe ningún afán gazmoño de impersonalidad. Por el contrario, sabemos que en política se necesita *personalizar*. Nuestro estilo —seamos un estilo— nos aventura en el personalizar que alcanza al hombre y al nombre porque la política no es, no debe ser empresa anónima. Podemos personalizar, decimos, pero pocas veces cuadra *personificar*, atribuir densamente a las personas esas realidades del medio, de las circunstancias que a las personas desbordan.

En nuestro país se personifica, sobre todo en lo que sea negar, bajo especie de negación; se personifica en pasivo, con signo menos. No cruz y raya sino raya a secas. En realidad, para sortear el verdadero problema. Pereza criolla.

Jueves. — Para un *Ensayo*, ensayamos:

—¡Ah! la Colonia es fuerte, la Colonia es arraigo, es raza, es abulia solariega, es retirada a la española, es el borde de un inmenso imperio, es la retirada barroca de España. Al comenzar el siglo XIX el Imperio es un orden pero un orden donde se ha puesto el sol. Entonces, vuelta al crepúsculo, y mientras anochece, la voluntad de España empuña una negación, negación de sí misma, cansancio de ser estoica, de ser apostólica, de ser inmóvil, de ser Edad Media. España duda de sí misma porque no puede dudar de la Fe.

La Colonia tiene también esa fortaleza insólita de lo español. Pero el americano además —el aire americano es penetrante, trae la selva, junto a los largos ríos— añade o resta a la fortaleza española cerrada, remachada de irreductibles, con olor de antigüedad, una certeza suave, una confianza indolente en el futuro. Es el mito, el encantamiento de América. El americano no nace entre costumbres seculares. Cuando el europeo americano vino al mundo la historia ya había cursado el periplo clásico del Mediterráneo. Pero en el Mediterráneo quedó lo que no se puede transportar: la presencia comunicativa y conmovedora del pasado, la familiaridad con la civilización, con los detalles de la vida de civilización y ese gran humo y ese gran ritmo propios de los lugares donde ha habido mucho tiempo sociedad, donde ha mucho se levantaron ciudades.

El americano carece así de hábito cultural, del sentido profundo del hábito. Su arraigo es puramente telúrico y su linaje exclusivamente de sangre. De tierra y de sangre, hijo de la conquista y de los horizontes (de los horites a ras del suelo) el vástago de Eneas español contempla sus pisadas, sus primeras estruendosas, desaprensivas pisadas sobre la prehistoria aborigen, sobre la misteriosa corte de siglos abisales que ocultaron la más remota forma de Occidente. Para ese vástago, para el americano, la historia es una tradición oral y también si queréis, una intuición que se desata por dentro, como los atavismos.

Sansoyo.